

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA
Y
LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

38

ABRIL-JUNIO

1950

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. LUIS GARRIDO

Secretario General:

DR. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México. D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior	dis. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	Págs.
Margo Glantz	<i>La dimensión americana en Antonio Caso</i> 255
Bernabé Navarro B.	<i>Vasconcelos, profeta de América</i> 269
Juan Hernández Luna	<i>Imagen de América en Alfonso Reyes</i> 291
Raúl Cardiel Reyes	<i>El ser de América en Agustín Yáñez</i> 301
Francisco López Cámara	<i>La ontología americana de Edmundo O'Gorman</i> 323
Rafael Moreno	<i>Gaos y la filosofía hispanoamericana</i> 339
Leopoldo Zea	<i>La historia de las ideas en Hispanoamérica</i> 365
Risieri Frondizi	<i>Tipos de unidad y diferencia entre el filosofar en Latinoamérica y en Norteamérica</i> 373

	Págs:
José Ferrater Mora	<i>El problema de la filosofía americana</i> 379
Patrick Romanell	<i>Una visión de las dos Amé- ricas</i> 385
Filmer S. C. Northrop	<i>Los factores genéricos y di- ferenciales en la cultura panamericana</i> 393
Louis O. Kattsoff	<i>"Filosofía americana": un adjetivo ambiguo</i> 403
Herbert W. Schneider	<i>La emigración de ideas ha- cia América</i> 411

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Emilio Uranga	<i>El Existencialismo.</i> (Norberto Bo- bbio.) 415
Augusto Salazar Bondy	<i>Da filosofia.</i> (Pero de Botelho.) . 418
Luis Villoro	<i>La filosofía actual.</i> (Inocente Ma- ría Bochénski.) 422
Jesús Zamarripa Gaitán	<i>El arte como experiencia.</i> (John Dewey.) 426
Elena Orozco	<i>Psicoanálisis y Existencialismo.</i> (Viktor Franklt.) 428
Alfonso Zahar Vergara	<i>Oración en elogio de la jurisperu- dencia.</i> (J. B. Balli.) 435
J. H. Luna	Noticias de la Facultad de Filoso- fía y Letras 439
Rafael Heliodoro Valle	Notas y noticias de América . . . 443
Publicaciones recibidas 459
Registro de revistas 460

IMAGEN DE AMERICA EN ALFONSO REYES

Alfonso Reyes, el escritor más grande y fino que tiene hoy México, ha consagrado varios escritos al tema de América. La mayor parte de ellos han sido redactados al azar y publicados en revistas, boletines y libros misceláneos. Afortunadamente los ha recopilado en un volumen que, bajo el título de *Ultima Tule*, editó la Imprenta Universitaria en 1942.

Todo el volumen está animado por un alto sentido profético. A través de la lectura de sus páginas, se advierte que el propósito de Alfonso Reyes es sondear la historia de la humanidad para inventar un *ideal de América* e imprimirle un sentido de aspiración, de promesa. América no es para él un acaso de la historia y de la geografía, sino el "sueño de una tierra más propicia para la familia de Adán". Tal es el objeto que mueve sus estudios, sus análisis y sus meditaciones sobre América. En las líneas que siguen intentamos ver, sirviéndonos del volumen mencionado, en qué consiste el sentido profético que le imprime a nuestro continente.

A. *El presagio de América*

Entre los impulsos que determinaron la aparición histórica de América, está la fantasía poética. Antes de ser una "firme realidad", América fué la "invención de los poetas".

Desde unos 3,000 años antes de Cristo, la fantasía de los poetas egipcios empezó a presentir que siguiendo la ruta del sol hasta más allá

* Alfonso Reyes, *Ultima Tule*. Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México, 1942.

de donde nos alumbra, podía descubrirse una tierra ignota, un mundo nuevo, un continente desconocido.

Este presagio de América, que aletea ya como una "vaga noción" en los relatos novelescos de los egipcios, cruza las "sirtes" de la literatura griega y florece en la Atlántida de Platón, la vasta isla sumergida en el vórtice de los océanos. Luego viaja por las letras latinas y resplandece en la Última Tule de Séneca, con el anuncio de la aparición de un continente más allá de los horizontes marinos. Después se enriquece por toda la Edad Media con las leyendas utópicas de aquellas islas fascinadoras, ora edénicas, ora infernales, como la isla de San Balandrán o de los Pájaros, la de las Siete Ciudades, la Antilla o Ante-isla, el Brasil y la misteriosa isla de Cipango, el país de los antropófagos, el reino de las amazonas, nombres que después recogerá la geografía. Más tarde es embarcado en la nave de los humanistas del Renacimiento, quienes resucitan la Atlántida de Platón y se dan a fantasear islas utópicas y tierras oceánicas exóticas, que influyen en los exploradores, cartógrafos y cosmógrafos del siglo xv.

Estos atisbos puramente imaginativos, representan, en la historia del Descubrimiento de América, el paso de la quimera a la realidad, del presagio al hecho. A ellos se unen las hipótesis científicas sobre "la esfericidad de la tierra", los "antípodas" y la "navegabilidad del océano" que presintieron los griegos, que los libros árabes transmitieron en la Edad Media y que los humanistas del Renacimiento aceptaron y propalaron hasta convertirlas en naciones populares. A esos atisbos imaginativos se unen también las informaciones geográficas y los relatos de viajes, naufragios y exploraciones por tierras desconocidas, como el naufragio de Erik el Rojo; los relatos de las misiones cristianas del siglo XIII sobre Asia central y occidental; los viajes de Marco Polo; los relatos de Ordorico da Pordenone; las exploraciones de los hermanos Zeno sobre el Atlántico septentrional; y en general las aventuras geográficas de muchos "Colonos desconocidos o involuntarios". Añádese asimismo a ellos, el imperativo económico, la necesidad que desde la conquista de Constantinopla por los turcos se fué imponiendo de buscar una salida marítima para el comercio de Oriente, así como la "exasperación de las cocinas reales" de reemplazar la culinaria medieval hecha para contentar los ojos y adormecer el paladar con el abuso de aromas, por las "gustosas especias". De todos estos impulsos resultó el descubrimiento del Nuevo Mundo.

De esta suerte, "antes de ser esta firme realidad que unas veces nos entusiasma y otras nos desazona, América fué la invención de los poetas, la charada de los geógrafos, la habladuría de los aventureros, la codicia de las empresas y, en suma, un inexplicable apetito y un impulso por trascender los límites" (p. 10).

B. *En la cabeza de Colón*

De esta heterogeneidad de hechos que determinaron el Descubrimiento de América, nos da ejemplo elocuente el cuadro de visiones fabulosas que había en la cabeza de Colón procedentes del medio y de las lecturas en que había sido educado.

En la cabeza de Colón había, además de las nociones científicas y geográficas más importantes de la época, un conjunto de relatos fabulosos sobre viajes que había recogido en los mentideros del puerto, en las tabernas de los viejos lobos de mar o en su propia casa, como los relatos de su suegro sobre la Antilla; los del náufrago Alfonso Sánchez de Huelva, que murió en su casa, legándole en gratitud sus apuntes y documentos; los del piloto Pedro Velasco, que le dió el derrotero aproximado de la isla de Flores; los del Tuerto de Santa María y del Gallego de Murcia, que le hablaron de las naves que cayeron en Terranova o Bacalaos; los de cierto marino de Madera, que, poseído de alucinación, le juró haber divisado en cada viaje tierras ignotas.

Además, en la cabeza de Colón había un mundo de seres irreales y fabulosos, procedentes de varias lecturas como la Carta de Toscanelli, *Del Milione* de Marco Polo, la *Historia Rerum* de Pío II, los Relatos del Cardenal de Ailly y *El Aliaco*. Todas estas lecturas llenaron la fantasía del descubridor de "descripciones de ciudades de mármol, oro, plata y piedras preciosas que se reflejan en los ríos majestuosos"; de grifos, dragones, basiliscos unicornios, serpientes policéfalas, tarascas, y de otros engendros que participaban de dos naturalezas; de hiperbóreos casi inmortales, que suelen suicidarse hartos ya de felicidad y de vida; de pigmeos y macrobios con cuerpos de león y garras de águila; de cíclopes y Amazonas; de hombres acéfalos y otros con ojos en la nuca; de los dulces ribereños del Ganges que mueren al más leve olor repugnante y se nutren con el aroma de las frutas; de algunas bellas creaciones como el Ave Fénix, que renace de sus

cenizas; y la idea de ese Catay deslumbrador, ora vivero de criaturas satánicas, ora asiento del propio Edén.

La quimera geográfica desempeñó en Colón un papel importante, y como una "pequeña exageración, un toque caricaturesco no ofende seguramente el decoro de la historia, atrevámonos a decir que el descubrimiento de América fué el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos" (p. 65).

"Cristóbal Colón no es un hombre aislado, caído providencialmente del cielo con un Continente inédito en la cabeza. Es verdad que hablaba de tierras incógnitas 'como si las trajera guardadas en un cajón', según el pintoresco decir de Martín Alonso. Pero ni es el primero que habla de ellas, ni en esto y otras muchas cosas hacía más que colar el río de una tradición secular, para quedarse con las arenas de oro. Enfocando la mirada a Colón podemos contemplar toda una muchedumbre de sabios y de prácticos, de cuerdos y locos, que lo preparan, lo ayudan y lo siguen" (p. 15).

C. América, asilo de utopías

Descubierta América, ¿cómo se la representa Europa? ¿Qué vieron los pueblos europeos en el continente descubierto? ¿Qué ha significado América para la cultura europea? Veamos cómo empieza a definirse el destino de América en el instante mismo en que llegan a Europa las noticias de su descubrimiento.

Al comenzar el siglo xvi (1507), los humanistas e impresores Gauthier Lud, Martín Waldsee Müller, Matías Ringmann y Juan Basin, preocupados por las cuestiones geográficas del siglo, publican en Saint-Dié la obra *Cosmographiae Introductio*, compuesta de la Introducción a la Geografía de Tolomeo y de los cuatro viajes narrados por Américo Vespucio. La obra tiene importancia porque ella fué como el "bautismo de América", ya que los editores llaman por primera vez con el nombre de América a las nuevas tierras descubiertas. Pero lo más importante de la obra está en que en ella aparece Vespucio dando cuenta por primera vez de países cuyas condiciones naturales comenzaban a atraer los ojos de todos. "Se trataba de tierras paradisíacas que parecían realizar el sueño de los profetas. Se describían costumbres singulares, que por sí solas ofrecían un ali-

vio y una esperanza a los hábitos mentales de la cansada Europa" (p. 86). América empieza ya aquí en la obra de los eruditos de Saint-Dié, a ser concebida como la *tierra de promisión*.

Gracias a esta obra de los eruditos de Saint-Dié, el nombre de América se fué imponiendo poco a poco y difundíendose por todas las latitudes de Europa. Los más notables maestros del pensamiento europeo son deslumbrados por el Nuevo Mundo y empiezan a ver en él una radiante promesa de posibles reformas sociales, políticas, morales y religiosas; América empieza a revelarse a las mentes superiores de Europa "como campo de operaciones para el desborde de los altos ímpetus quiméricos" (p. 92).

Los humanistas, con los ojos puestos en el Nuevo Mundo, empiezan a "idear una humanidad más dichosa". Los filósofos piden al Nuevo Mundo un "estímulo para el perfeccionamiento político de los pueblos". Protestantes, puritanos, cuáqueros y hugonotes, ven en el Nuevo Mundo la casa hospitalaria para el desarrollo de sus religiones. El catolicismo descubre en América el campo propicio para la propagación de sus dogmas. Erasmo, Tomás Moro, Rabelais, Montaigne, Tasso, Bacon y Tomás Campanella movilizan sus sueños y sus utopías hacia América.

Montaigne, en especial, contrasta América con Europa, el antiguo con el Nuevo Mundo. Su alma vive el drama del Descubrimiento. Lee con avidez los relatos de los cronistas de Indias. Oye a su criado, que vivió diez años en el Brasil, la relación de las costumbres de los indígenas. Como funcionario de Burdeos, admira los productos que llegan de la generosa tierra americana. Traduce poemas y canciones de los caníbales, y al fin, deslumbrado por América, afirma que las costumbres de Europa son un "inmenso desvío" y que el hombre de América está más "cerca del Creador". Es cierto que "aquellos indígenas son caníbales, pero, ¿no es peor que comerse a sus semejantes el esclavizar y consumir, como lo hace el europeo, a las nueve décimas partes de la humanidad? América tortura a sus prisioneros de guerra; pero Europa, piensa Montaigne, se permite mayores torturas, en nombre de la religión y de la justicia" (p. 91).

Entre toda esta primavera de sueño y de utopías, se va definiendo a los ojos de la historia y de la humanidad el *destino de América*. Ella va siendo concebida como el "posible campo donde realizar una justicia más igual, una libertad mejor entendida, una felicidad más completa y mejor repartida entre los hombres, una soñada república, una Utopía"

(p. 88) ; “el teatro para todos los intentos de la felicidad humana, para todas las aventuras del bien” (pp. 94-95).

D. *Los ensayos de utopía en América*

Ya desde los comienzos de la Colonia América empieza a ser fiel a su destino, convirtiéndose en el campo de experimentación de las utopías renacentistas. Vasco de Quiroga acomete la hazaña de realizar entre los indios de Michoacán la *Utopía* de Tomás Moro. En 1530, Quiroga viene como oidor en la Segunda Audiencia de la Nueva España. “Al año siguiente envía al Consejo de Indias un ‘plan’ sobre la creación de poblaciones agrícolas bajo la tutoría de los frailes. Después manda un ‘parecer’, que se ha perdido, donde descubre por primera vez el utopismo fundado en Moro. Más tarde, en cierta información en Derecho” (1535), completa y refunde su proyecto y opone su paraíso agrícola a la “confusión e infierno de las minas”. En esta “Información”, Quiroga declara las inspiraciones que ha recibido de las *Saturnales* de Luciano y varias veces afirma que sacó de Moro la idea de su “parecer”. Lo que Quiroga quiere es “aprovechar la substancia plástica, la substancia candorosa del indio, para modelar con ella una sociedad mejor, y no quisiera que los españoles traigan al Nuevo Mundo su ‘decadencia de Occidente’.” (p. 161.) Ya en la vejez. Quiroga redactó las Ordenanzas de sus “hospitales” o poblaciones, en las que enfoca y reduce a términos prácticos el ambicioso sueño de las cincuenta y cuatro ciudades imaginadas en la *Utopía*. Por último, en su Testamento (1565), manda cumplir las Ordenanzas para que sirvan siempre de normas a sus centros hospitalarios. Tan convencido estaba Quiroga de su utopía, que sin esperar la respuesta del Consejo de Indias, se lanzó al experimento por cuenta propia, comprando con ahorros y sacrificios unas tierras a un par de leguas de México, donde fundó el primer “hospital” de Santa Fe. En 1533 va a Michoacán en funciones de visitador y allí establece otro centro. Y cuatro años más tarde, siendo obispo de Michoacán, da cima a su experimento creando todo un sistema de pueblos que cambian entre sí sus industrias. Aquel ensayo de utopía política de Quiroga tuvo tanto éxito, que duró un par de siglos más o menos, pues todavía los “hospitales” se mantenían en pleno siglo XVIII, y aun hoy en día los indios conservan las industrias

que les dió Quiroga, a quien veneran y recuerdan con el nombre de "Tata Vasco".

Otro experimento de utopía política en América, es el ensayo de comunismo que hicieron los jesuitas en el Paraguay. A fines del siglo xvi, la acción de la Compañía se extendió por la Guayra, creando diversas fundaciones o "reductos" que servían de amparo a las poblaciones de indios que venían huyendo de los esclavistas desembarcados en el Brasil. En el centro del "reducto", la ostentosa Casa de Dios "servía de núcleo a las viviendas de los padres, los talleres y escuelas, los lazaretos y almacenes de provisiones, las huertas, las residencias de indios, espaciosas, concebidas para una familia numerosa. Luego venían las tierras de labor, las praderas, los ganados, los criaderos de caballos. Las carreteras, hoy desaparecidas, ligaban entre sí las varias misiones. En cada reducto, dos jesuitas tutelaban a unas 2,000 almas, y la población total era de unas 30,000. La vida se regía a toque de campana y era modelo de organización. Aquel pequeño Estado utópico no poseía ni necesitaba dinero, y el que se obtenía mediante la venta de artículos o cosechas a los extraños, se invertía todo, al instante, en servicio de la comunidad" (pp. 154-155). También merece citarse, como ejemplo de estos experimentos utópicos en América, la evangelización de los indios inspirada en el cristianismo reformado de Erasmo. "Según Erasmo, el cristianismo no desempeña en el mundo el papel que le corresponde, porque *avemos querido meter un mundo en el christianismo*; resultado de una escandalosa 'tradición de los clérigos' que *quieren torcer la escriptura divina hasta conformarla con las costumbres del tiempo*" (p. 152). Este cristianismo erasmista se propaga por América. "Es posible que haya gérmenes de erasmismo, un erasmismo temprano y madrugador, en el padre Carlos Aragón, que aparece por Santo Domingo a comienzos del siglo xv". "Pero sin duda hay ya erasmismo de pura cepa en el primer arzobispo de la Nueva España y columna de la Iglesia en las Indias, Fray Juan de Zumárraga, en quien se advierten las influencias del *Enquiridión* y la *Paráclisis*" (pp. 150-151).

Tal es la tradición de América. La semilla de la utopía cae con el Descubrimiento. Esta semilla se calienta sordamente bajo la tierra de la Colonia, sujeta a los lentos procesos de la gestación. Inspira nuestros movimientos de Independencia. "A medida que las repúblicas se emancipan, el ideal se va despojando y definiendo y se caracteriza por su universa-

lidad. A lo largo del siglo XIX, los más ardientes utopistas —sean espiritua-
listas, socialistas o comunistas— tienden hacia el Nuevo Mundo como a un
lugar de promisión, donde se realice la felicidad a que todos aspiran bajo
diversos nombres. Hoy por hoy, el Continente se deja abarcar en una
esperanza, y se ofrece a Europa como una reserva de humanidad.

“O este es el sentido de la historia, o en la historia no hay sentido
alguno. Si esto no es, esto debe ser y todos los americanos lo sabemos. Po-
drán las contingencias inmediatas, las groserías exteriores desviarnos del
camino un día, un año y hasta ciento: la gran trayectoria se salvará. La
declinación de nuestra América es segura como la de un astro. Em-
pezó siendo un ideal y sigue siendo un ideal. América es una Utopía”
(p. 93).

E. *La madurez de la inteligencia americana*

Esto es lo que América representa para el mundo, este es el destino
que le ha reservado la historia. No somos, como se suele interpretarnos,
una mera “curiosidad turística” (p. 250). No somos tampoco una “cul-
tura y una lengua muerta” para entretenimiento de especialistas. “Somos
una raza de síntesis humana. Somos el verdadero saldo histórico. Todo
lo que el mundo haga mañana tendrá que contar en nuestro saldo” (p. 219).

Afortunadamente existe ya una *inteligencia americana*, singularmente
dotada para realizar este destino. Lo más característico del modo de ser
de la inteligencia americana, es su arraigo a la tierra, su vinculación a los
conjuntos sociales. Mientras que en Europa es normal que el escritor se
haga en el “lujo del ocio literario puro”, el escritor americano “desempeña
generalmente varios oficios, raro es que logre ser un escritor puro, es
casi siempre un escritor ‘más’ otra cosa u otras cosas”. “Nace el escritor
europeo como en el piso más alto de la torre Eiffel. Un esfuerzo de pocos
metros, y ya campea sobre las cimas mentales. Nace el escritor ameri-
cano como en la región del fuego central. Después de un colosal esfuerzo,
en que muchas veces le ayuda una vitalidad exacerbada que casi se parece
al genio, apenas logra asomarse a la sobrehaz de la tierra” (pp. 138-139).
Esto es una ventaja, porque permite a la inteligencia americana estar más
“avezada al aire de la calle” y entender el trabajo intelectual “como ser-

vicio público y como deber civilizador". Por eso entre nosotros no hay, no puede haber "torres de marfil".

Además de su arraigo a la tierra y de su vinculación social, la inteligencia americana ofrece otra cualidad singular: ser *naturalmente internacionalista*. Esto se explica porque "hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la Escuela Primaria. De aquí una pintoresca consecuencia que señalo sin vanidad ni encono: en la balanza de los errores de detalle o incomprendiones parciales de los libros europeos que tratan de América y de los libros americanos que tratan de Europa, el saldo nos es favorable. Entre los escritores americanos es ya un secreto profesional el que la literatura europea equivoque frecuentemente las citas en nuestra lengua, la ortografía de nuestros nombres, nuestra geografía, etc. Nuestro internacionalismo connatural, apoyado felizmente en la hermandad histórica que a tantas repúblicas nos une, determina en la inteligencia americana una innegable inclinación pacifista" (pp. 140-141).

Acompaña también a la inteligencia americana *cierto don de síntesis cultural*. Por "síntesis" no se entiende "el resumen o compendio de las conquistas europeas, que en este caso significaría un "punto terminal" en el proceso de la cultura, sino una "estructura entre los elementos anteriores y dispersos", que es un "nuevo punto de partida" trascendente, que contiene en sí novedades y que significa un paso más en el proceso de la cultura. De parecida manera como H²O no es sólo una junta de hidrógeno y oxígeno, sino que además es agua, así este don de "síntesis" de la inteligencia americana no significa la simple suma de las conquistas heterogéneas que Europa ha hecho en la cultura, sino la capacidad para trascender esos elementos heterogéneos y establecer una estructura cultural nueva. En este sentido "la inteligencia americana está llamada a desempeñar la más noble función complementaria: la de ir estableciendo síntesis, aunque sean necesariamente provisionales; la de ir aplicando prontamente los resultados, verificando el valor de la teoría en la carne viva de la acción. Por este camino, si la economía de Europa ya necesita de nosotros, también acabará por necesitarnos la misma inteligencia de Europa" (p. 139).

Por otro lado, la inteligencia americana ha llegado ya a su mayoría de edad. "No nos sentimos inferiores a nadie, sino hombres en pleno disfrute de capacidades equivalentes a las que se cotizan en plaza" (p. 220).

"Hijos de la cultura europea, nuestros países, a través de sacudimientos, han ido revelándose a sí propios su autenticidad histórica, y hoy por hoy podemos ya decir que nuestra América no quiere imitar, sino que aplica las técnicas adquiridas de Europa a la investigación de los fenómenos propios, lo cual, al mismo tiempo, le ha revelado la posibilidad de nuevas técnicas americanas. Y esta es la operación en que nuestra ciencia debe insistir ante los sucesos mundiales. Es innegable que tales sucesos nos perturban. Posible es que alcancen a perturbarnos todavía más. Pero no creo que nos arrastren necesariamente hasta impedir lo que hemos llamado la madurez. ¡Al contrario! Hay que decirse y repetirse que ha llegado el momento. ¡Ahora o nunca!" (pp. 186-187).

"Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de humillación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocednos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros.

"Todos estamos convencidos de que ha llegado para nuestra América el momento de dar, en el mundo del espíritu, algo como un gran golpe de Estado. Conviene, pues, que estemos ágiles y bien entrenados" (p. 145).

JUAN HERNÁNDEZ LUNA